

Domingo I Adviento

Ciclo B

(Mc 13,33-37)

“No sea que llegue de improviso y los encuentre dormidos.”

(Mc 13,36)

El periodo de aislamiento que estamos viviendo cambia radicalmente nuestras vidas. Las relaciones humanas ante todo, pero incluso el comercio. Hoy, mediante una aplicación en el celular, podemos adquirir un producto de cualquier parte del mundo. Sabemos la fecha en que llegará e incluso un posible horario. Si esto es poco, sobre todo para los ansiosos, podemos monitorear su ubicación. Antes que llegue a casa somos avisados y cuando llega recibimos otra notificación. A esta generación Jesús dirige hoy su ‘Buena Noticia’ (su Evangelio) ¿Quizás necesita actualizarse? ¿Será que no percibió el cambio de época? Ya no somos pescadores, pastores de rebaños o agricultores; ellos saben que tienen que esperar el ‘momento oportuno’ para sacar fruto de un trabajo e incluso saben reconocer cuando ese momento llega. Sin embargo Jesús sabe de ‘actualizaciones’ constantes, reconoce los rostros de quienes reciben sus palabras y entre sus receptores estamos también nosotros.

Los personajes del Evangelio de hoy reciben cada uno una tarea durante la ausencia de su señor. Si hacen bien su trabajo: ¿qué sentido tiene permanecer despiertos, en vela? ¿No basta con el trabajo durante el día? ¿No es normal, lógico, llegar durante la noche avanzada y encontrarlos durmiendo? Por otra parte la advertencia: ‘no saben cuándo llegará el momento’ ¿A qué momento se refiere? La exigencia de Jesús nos desconcierta nuevamente. Pero, si nos sirve de consuelo, también a sus discípulos desconcertó. Sería más fácil si, como las aplicaciones de hoy de compra-venta, avisara a quien o que cosa debemos esperar y en que momento llegará. Pero a Dios no lo podemos encasillar en nuestras cordialidades y ‘buenos modales’. El mismo trabajo concedido a estos hombres son, al mismo tiempo presencia del señor y vigilancia de los siervos.

La fe en Jesús supone la vigilancia. Quizás nos suene un poco anticuada esta palabra o demasiado moralista. Sin embargo, en un sentido más profundo, es la consecuencia de la esperanza (una palabra que nos ilumina el rostro). Nadie, absolutamente nadie, espera algo que no conoce o de los que al menos no pueda hacer un mínimo esbozo; y, como dice Agustín, el que espera al mismo tiempo ya pregusta aquello o aquel que es objeto de su espera. Los cristianos vigilamos y estamos despiertos porque vivimos la tensión constante de reconocer al Señor que viene, no únicamente al final de los tiempos, sino en cada circunstancia en la que su Reino se hace presente. La imagen constante de la noche y el permanecer ‘en vela’ nos recuerda que en los momentos de dificultad y de cruz es donde más debemos tener los ojos abiertos. Como con la noche, no es fácil mantener la llama de la esperanza encendida durante la dificultad, pero es justo en esos momentos donde entra en juego la fidelidad del servidor, o mejor todavía: del hijo. Es fácil reconocer la presencia de Dios cuando todo va bien, es la noche del alma la que nos pone a prueba. Este adviento, en esta ‘noche del mundo’ somos llamados a tener los ojos abiertos. Solo así podremos reconocer el nuevo nacimiento, el nuevo Belén que nos prepara el Señor.

Diac. Diego A. Doldán, C.R.